

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL:

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

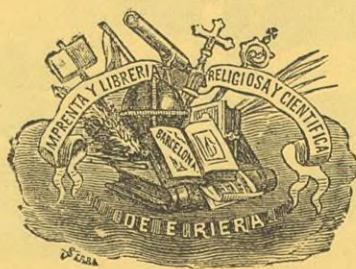
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno .30

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONTIENE UN EXAMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE LAS PERSECUCIONES RESPECTIVAS QUE
PRESENTAN, DE LAS PRINCIPALES EMBELLACIONES QUE COCEREN EL CRISTIANISMO EN EL MUNDO
Y EN LA HISTORIA DE LOS TIEMPOS Y PERSECUCIONES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSECUTADOS Y MARTIRES
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LAS ELICIAS EN QUE SE LUBRAN
LOS RITOS GREGORIOS, DEL ORGULLO DE LA VIDA CIVIL, DEL MUNDO, DEL CULPA
EN EL MUNDO ACTUAL, HASTA EL PRESENTE.
EN EL MUNDO ACTUAL.

QUE SE AGOTA POR

D. Eduardo Maria Velez y D. José Nolasco Galan

E. MESTRAIA

CON MAGNETICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

BREVIA GENEALOGIA DIOCESANA

TOMO PRIMERO



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y LITURGICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA

1876

Queda en venta

queja y suplica. Consigna el hecho de una parcialidad irritante. Todo el mundo, menos los cristianos, tenía el derecho de creer, de hablar y de obrar.

A aquel Marco Aurelio, ante el cual todos inclinaban el incensario de la lisonja, á quien se prodigaban honores casi divinos, cuya voluntad constituía ley, no había de dejar de estrañarle el lenguaje de un hombre que le dice: «No nos es lícito adorar á vuestros dio-



LA MISMA FUERZA PÚBLICA TENÍA DIFICULTAD EN CONTENER ESCENAS DE FEROCIDAD POPULAR QUE VENIAN REPITIÉNDOSE CON HARTA FRECUENCIA.

ses, á nosotros que no reconocemos mas que un solo Dios creador y señor del universo. Aternos á la ley que nos reveló por medio de su Hijo constituye para nosotros un deber sagrado. Podeis arrebatarnos nuestros bienes, nuestra familia, nuestra patria, la vida misma, si quereis; pero hay una cosa que no nos arrebatareis jamás, que es la fe en Dios y en CRISTO.»

En unos tiempos en que el atreverse á no pensar como el emperador podía constituir ya

un acto de rebeldía, para hablar así necesitábase todo el valor de hombres como Atenágoras.

¿Qué era un cristiano? Un rebelde, un seductor, un faccioso; se le condenaba sin escucharle.

«Si se nos convence de algun delito, prosigue Atenágoras, estamos prontos á sufrir, no una pena, sino el mas severo de los castigos... Aun no se ha probado que un cristiano se haya hecho reo de un delito. Vuestros beneficios alcanzan al mundo entero; haced que tambien nosotros tengamos motivos para manifestaros nuestra gratitud: dejad que podamos sentirnos orgullosos de publicar que á vosotros os debemos nuestra libertad.»

Atenágoras repite la palabra de Justino: «Aplicadnos á nosotros lo que constituye un derecho comun para todos.

«Si se trata de los filósofos, continua, antes de juzgarles, no se les tiene por buenos ni por malos, en razon á la ciencia que enseñan. Se les absuelve cuando se les reconoce inocentes; se les castiga cuando se les declara culpables, sin que la acusacion caiga sobre la filosofía. Pues bien, aplicadnos el mismo procedimiento: empezad por indagar la conducta de aquellos á quienes se acusa... Yo apelo á vuestra equidad, oh gran Príncipe, y os pido que no os dejéis prevenir por rumores insensatos que se propagan entre el vulgo, sino que vengais al exámen de nuestra causa, con este amor de la ciencia y de la verdad que os caracteriza.»

Un oprimido no podia hablar al tirano con mansedumbre. La palabra de Atenágoras es el dolor ahogando toda su amargura para expresarse con toda la delicadeza de la caridad.

«Cosa estraña, escribe el sábio obispo Mr. Freppel; precisamente este espíritu de templanza, este alejamiento de toda oposicion sediciosa, es lo que escitaba el despotismo pagano. Si en vez de quejarse, de sufrir con resignacion las violencias de que eran objeto, los cristianos hubiesen reivindicado su derecho con las armas, si hubiesen promovido la guerra civil en el imperio, es de creer que lo hubieran penado mucho antes de negarles una libertad que se concedia á los que adoraban á los gatos y á los cocodrilos. Ya que no la justicia, al menos el miedo hubiera inspirado medidas menos rigurosas. Mas no era así: la religion cristiana imponia á los fieles la sumision como un deber, prohibiendo todo proyecto de revuelta. Ellos no temian; pero tampoco eran temibles. Levantaban la voz, es verdad, para dirigir súplicas al emperador; esponian claramente sus enseñanzas; refutaban con gran libertad de lenguaje las calumnias que se difundian contra ellos; rogaban, hablaban, escribian; pero su actividad no salió de aquí... Ellos no conspiraban, no promovian revoluciones, no asesinaban á los príncipes... Durante tres siglos de persecucion sangrienta, atroz, ni una sedicion, ni una conmocion estalló de parte de los cristianos; mientras que en torno suyo las revueltas se habian hecho crónicas y el trono se hallaba siempre vacante. El Estado no tenia sostenedores mas firmes, ni el emperador súbditos mas adictos ni soldados mas fieles que aquellos hombres á quienes se enviaba al suplicio solo por estar dispuestos á agradar á Dios antes que al César (1).»

«Se nos reprochan tres crímenes, sigue diciendo Atenágoras: el ateismo, los banquetes de Thyeste y las alianzas de Edipo. Si nos hallais culpables por cualquiera de estos tres cargos, no vacileis ni tengais consideracion á nadie: sed severos, herid, exterminadnos con nuestras esposas y nuestros hijos si uno solo de nosotros viviera como los irracionales... Pero si todos estos reproches se reducen á palabras al aire, á meras calumnias; si reconocen su origen en la hostilidad natural del vicio contra la virtud, en la oposicion de dos principios opuestos que segun la ley providencial deben combatirse; si atestiguais nuestra inocencia en el hecho de prohibir que se nos denuncie, entonces, examinad nuestras costumbres y nuestras doctrinas, el celo y la sumision que manifestamos hácia vuestra autoridad imperial y vuestra dinastía. No os pedimos privilegios: una justicia igual para nosotros y nuestros ene-

(1) Mons. Freppel. — *Les Apologistes au II siècle*. Sept. leçon.

migos. En este terreno, nosotros, que no vacilamos en sacrificar la vida por la verdad, les venceremos á ellos (1).»

De esta suerte Atenágoras, elevándose á la filosofía de la historia, señala en la lucha entre dos principios opuestos, como son la verdad y el error, la virtud y el vicio, la verdadera causa de las persecuciones.

Atenágoras manifiesta que los cristianos, lejos de ser ateos, son los que dan de la Divinidad una idea mas sublime.

«Dios no puede caer bajo la accion de los sentidos; no puede ser percibido sino por el entendimiento... Nosotros le diferenciamos de la materia; pero cabalmente la distincion que establecemos entre el Criador y su obra prueba en favor de nuestras doctrinas. La materia es creada y sujeta á corrupcion; Dios, al contrario, es único, increado, eterno, insensible, impasible, infinito, incomprensible. Se basta á sí mismo, lo abraza todo: es á la vez luz inaccesible, mundo perfecto, espíritu, poder, razon. No empezó nunca, porque es el Sér; y solo puede empezar el que no ha tenido el sér. El mundo es en sus manos como el vaso de barro en las del alfarero: el mundo debe al celeste Artífice su forma y su belleza. Por esto nosotros prestamos nuestros homenajes á Dios y no á la criatura... Si no le ofrecemos los mismos sacrificios que vosotros, es porque el Padre y Autor de todo lo criado no tenia necesidad de la sangre, del olor y del horror de las víctimas. ¿Quereis hacerle la mejor ofrenda? Procurad conocer á Aquel que estiende los cielos como una inmensa esfera, que establece la tierra como un centro de gravedad, que une la agua con el mar, que separa la luz de las tinieblas y adorna de astros el firmamento, que ha hecho producir á la tierra toda semilla, que crió á los animales, que formó al hombre. ¿Qué necesidad hay de hecatombes para el Omnipotente? Levantad hácia Él vuestras manos puras: no es una víctima sangrienta sino un culto espiritual lo que os pide (2).»

Ocupándose de la conducta de los cristianos, manifiesta la ventaja que ellos llevan á los filósofos:

«Y aquí, dice, permitid que levante la voz para expresarme con entera libertad, ya que me defiende ante principes filósofos. Ved á aquellos que analizan los silogismos, que resuelven las anfibologías, que explican las etimologías... que prometen en sus disertaciones hacer felices á sus oyentes... ¿los hay entre ellos tan perfectos que no solo no odien á sus enemigos, sino que los amen? ¿que lejos de maldecir á los que les hacen mal les bendicen y ruegan por aquellos mismos que les arrebatan la vida? Al contrario... ellos manifiestan que su arte es el de bien decir, pero no el de bien obrar. Mientras que en nosotros encontrareis gentes sencillas, artesanos, mujeres que, á decir verdad, no os demostrarán con razonamientos las ventajas de nuestra doctrina, pero que os persuadirán de su excelencia por medio de su conducta. No pronuncian bellos discursos, pero realizan en cambio bellas acciones. No volver mal por mal, dar al que pide, amar al prójimo como á sí mismo: hé aquí sus obras (3).»

Al estender su argumentacion á las escenas de barbarie de que se les acusa, prosigue: «¿Cómo suponer con la menor apariencia de razon que seamos bastantes crueles para alimentarnos de carne humana, nosotros que ni siquiera asistimos á las luchas de vuestros gladiadores, porque establecemos poca diferencia entre matar un hombre y sentir placer en verle matar (4)?»

Respecto á los incestos de que se les recrimina, les recuerda muy bien que los cristianos ni aun pueden llegar hasta el divorcio tal como lo autorizaba aquella legislacion de Roma. «Esperando en una vida futura, desdeñamos las cosas de la vida presente hasta llegar á prohibirnos sus goces. Cada uno de nosotros no tiene mas que una esposa... Se encuentran entre nosotros en gran número de uno y otro sexo que guardan el celibato para unirse mas

(1) *Legatio pro christianis*, III.

(2) *Ibid.*, IV, XVII.

(3) *Ibid.*, XI.

(4) *Ibid.*, XXXV.

estrechamente á Dios. Nuestra religion no consiste en una gimnástica de palabras: lo que ella nos enseña es ejecutar buenas obras.»

Atenágoras termina de esta manera: «Acabo de destruir las acusaciones que se nos dirigen, manifestándoos la piedad, la dulzura y la templanza que caracteriza á los cristianos. El dar vuestro asentimiento real á mi palabra, toca á vosotros que sois tan dignos por vuestra piedad, por vuestra moderacion, por vuestra humanidad de ejercer el gobierno; que unís el don de la ciencia á vuestras cualidades naturales. ¿No merecemos ser atendidos nosotros que rogamos por la prosperidad de vuestro imperio, á fin de que, de padre á hijo os transmitais el poder, y vuestra dominacion, siempre creciente, se estienda por todo el universo? Vuestra felicidad está en nuestro interés; porque lo que nos importa á nosotros es llevar una vida tranquila rindiéndoos de buen corazon la obediencia que os es debida.»

La defensa de Atenágoras no tuvo la buena suerte de la de Justino.

XIX.

La persecucion en Asia.

No por esto, escritos como los de Atenágoras dejaron de hacer algun efecto en el ánimo de Marco Aurelio. Tertuliano no vacila en afirmar que mas de una vez el Emperador se constituyó personalmente en defensor de los que profesaban la fe de CRISTO. Lo que sucedió fue que, á pesar de sus buenas disposiciones, no quiso chocar con las preocupaciones de su época; dejó que aquellas masas fanatizadas realizasen sus vengativos propósitos, no quiso ó no supo contener el celo de algunos de sus subordinados dispuestos á ahogar en sangre á la sociedad cristiana que iba progresando cada dia mas.

La persecucion apareció con un carácter de terrible ferocidad en el Asia Menor. Desarrollábase allí el Cristianismo de una manera extraordinaria. ¿Habian de permitir aquellos adoradores de la Diana de Éfeso, del Esculapio de Pergamo, aquellas turbas locamente fanatizadas por el impostor Alejandro, que los cristianos se estendieran tan rápidamente?

Los que mas trabajaron en promover la persecucion fueron los judíos. Ellos eran los primeros en propagar calumnias, ellos los que exaltaban á las turbas haciéndolas gritar: *¡Mueran los impíos!*

No tardó el elemento oficial en asociarse á la obra que preparaba el odio y la venganza, dictando enérgicas medidas contra los cristianos.

Cooperó al satánico proyecto el instinto de rapacidad, no menos que las pasiones personales.

Se procedió al mas odioso de los ojeos. El domicilio de los cristianos fue allanado. Las casas de estos ó de los que se sospechaban tales, viéronse invadidas por turbas sedientas de sangre y de exterminio.

Una famosa carta de la Iglesia de Esmirna á la de Filadelfia, que se encuentra entre los escritos de Eusebio, nos describe los horrores de aquella persecucion, á la par que la valentía de aquellos mártires.

«¿Quién podrá, dice, dejar de sentirse poseído de sentimientos de veneracion, á vista de estos héroes para quienes toda clase de tormentos; los potros, los azotes armados de puntas, el hierro de los verdugos, los braseros ardiendo, parecia como que eran considerados cual objetos de recreo? Aquellos hombres sin desmayar veian correr su sangre por multitud de heridas; aquellos hombres contemplaban con mirar tranquilo sus palpitantes entrañas. Y mientras el pueblo mismo se sintió conmovido hasta derramar lágrimas ante tal espectáculo, solo los mártires firmes, inalterables no dejaban escapar ni un suspiro; cerrada su boca al llanto y á la queja, solo se abria para bendecir al Señor. Presentábanse á los suplicios con as-

pecto sereno y libre, sufrían en silencio; su paciencia estaba á la altura de su valor... Dios, por medio de la esperanza en una recompensa eterna, hacia circular por sus desgarrados miembros una virtud secreta que templaba la violencia de sus sufrimientos.

XX.

Temeridad y cobardía.

Los juegos del anfiteatro habian atraído á Esmirna una inmensa muchedumbre. El asiarca (1) Filipo presidía la diversion sagrada, teniendo á su lado al procónsul Stacio Cuadrato, persona reputada de mucho talento y amigo del retórico Aristides.

Filipo, para obtener los aplausos entusiastas de aquellas turbas sedientas de sangre, creyó que el mejor medio era escoger los cristianos como víctimas.

Ya doce filadelfios, acusados en forma, negándose á renegar de JESUCRISTO, habian sido inmolados, dando pruebas del mas heróico valor.

Es menester confesar que no siempre el entusiasmo del martirio se mantenía dentro de sus justos límites. Hubo algunos conducidos mas por su orgullo personal que por su fe religiosa; que atendían menos á la confesion de su creencia que á poder dejar un nombre imperecedero. Hastiados unos de la existencia, ansiosos otros de embriagarse en una lucha con los poderes del siglo, se entregaban á la muerte sin ningun motivo.

A estos, que mas bien que mártires merecian ser calificados de suicidas, en la hora suprema les faltaba valor, por lo mismo que lo que les inspiraba no era espíritu de fe, sino una loca temeridad.

Así sucedió con uno apellidado Quinto, procedente de la Frigia. Sin ser llamado, sin que pesara sobre él la menor acusacion, preséntase altivamente al procónsul, y con aire provocador se proclama cristiano. La turba aplaude al contar con una nueva víctima. Pero apenas ve las fieras, aquel hombre se estremece, una palidez mortal cubre su rostro, está temblando de piés á cabeza. Volviendo la espalda á las bestias feroces, se arrodilla de cara al procónsul pidiéndole vergonzosamente la vida. El que se ofrecia poco antes á derribar los ídolos estiende la mano para sostenerlos. Consiente en jurar y en sacrificar. El procónsul ordena que desde luego se le dé la libertad que acaba de comprar con su cobarde apostasia.

La carta de la Iglesia de Esmirna, de la que sacamos el relato, acaba diciendo: «Semejante hecho nos enseña á ser sumamente contenidos en elogiar á los que, por una presuncion temeraria, se adelantan á las pesquisas de los jueces; y que al contrario, los dignos de alabanza y de la gloria del martirio son aquellos que, desconfiando de sí mismos, no hacen vana ostentacion de su fe; y que no saliendo de su retiro sino por disposicion de Dios no temen combatir, porque tienen la seguridad de vencer. Esta conducta humilde y prudente es la que prescribe á los fieles el Evangelio.

XXI.

Valor de Germánico.

Mientras la muchedumbre estaba dominada por la impresion que le produjo la apostasia de Quinto, es echado á la arena un jóven que logra por su actitud escitar las simpatías

(1) Asiarcas eran en las provincias romanas del Asia los presidentes de los juegos sagrados, cuyo cargo consistia en presentar todos los años á sus expensas diversiones en honor de los ídolos y de los emperadores, para cuya dignidad se elegian personas ricas. El cargo duraba un año; pero conservando despues el título como un honor.

generales. Se llamaba Germánico. No se presenta con aire insolente como Quinto; no provoca al representante de la autoridad. Ni arrogante ni débil aparece en el anfiteatro con la actitud digna del que va á cumplir un gran deber, cual es el de sostener los sagrados fueros de su conciencia de cristiano. El procónsul mismo se interesa en su favor, le llama hácia sí, y con lenguaje insinuante le dice que si comprende muy bien que desdeñe el favor, la amistad, la fortuna, no puede desdeñar la vida; que él como procónsul puede ofrecérsela y se la ofrece. Pero la vida de unos días no vale para Germánico el precio de una abdicación. En vez de aceptar las propuestas del procónsul, Germánico contesta, con nobleza, pero sin orgullo, que está dispuesto á inmolar en aras de su fe, no una, sino mil vidas. Y presentándose de nuevo en la arena se adelanta hácia un león que rugiendo corre á devorar al mártir y deja en la tierra sus despojos mortales. A la admiración del público se mezcla la cólera. Levántase en el anfiteatro una horrorosa gritería y entre el confuso ruido de voces se perciben los gritos de los que claman:

—¡Castíguense á los impíos, y búsquese á Policarpo!

XXII.

San Policarpo.

La escitación que produjo el valor de Germánico necesitaba una nueva víctima. Pero era menester que esta no fuese un mártir cualquiera. El furor popular demandaba que se inmolarase á uno que por su celo, por su saber, por su santidad, por su espíritu de apostolado personificase el Cristianismo: hé aquí la significación de aquel grito: «Búsquese á Policarpo.» Aquellas turbas creen que condenando á Policarpo, lo que van á matar no es un héroe, sino el principio mismo que el héroe representa. El grito: «Búsquese á Policarpo» que dieron en su loco frenesí los gentiles en unión con los judíos, con todos los enemigos del Cristianismo, es la mejor recomendación de aquel grande hombre. Para ellos Policarpo era el jefe de cuantos creían en JESUCRISTO, era el maestro de la *gran secta de impíos*, era el mas ardiente y activo *seductor* que lograba arrancar sus divinidades á los cultos sancionados por la ley, era el instigador de los que se adelantaban contentos al martirio, era, en fin, el enemigo mas declarado que tenían los dioses y que mejor trabajaba para que quedaran desiertos los templos del paganismo.

Policarpo no era solo el Obispo de Esmirna; puede decirse que en todas las Iglesias de Asia se reconocía en él una especie de superioridad á que le daba cierto derecho, no solo su edad avanzada, pues era casi centenario, sino sus cualidades especiales.

Habia conocido y tratado personalmente á varios de los Apóstoles (1). Discípulo de san Juan, el apóstol fue quien le ordenó Obispo de Esmirna (2), en el Asia Menor, al frente de cuya diócesis se hallaba hacia cerca sesenta años. El hecho solo de que Policarpo fuese el último anillo que unía la Iglesia de aquel tiempo á la Iglesia apostólica habia de bastar para dar al santo Obispo un carácter de venerabilidad especial.

San Ireneo relata con elocuente frase, en lo que se ve la piedad del discípulo, como él iba á escuchar á Policarpo en su primera juventud y de qué manera el famoso Prelado de Esmirna explicaba al pueblo con la mayor ingenuidad y unción lo que él habia oído de boca de san Juan y de otros discípulos del Señor.

Fue amigo íntimo de Ignacio, de cuyos sentimientos y ardiente celo en favor de la Iglesia participaba. Al ver conducido á Roma al santo mártir, Policarpo fue de los que tuvieron la dicha de besar sus cadenas y recibir de él el adiós de despedida.

(1) *Iren. adv. hæret.*, III, 3.

(2) *Test. de præscript. Hieroni de viris illustri.* cap. 17.

Con esta ocasion, los filipenses pidieron á Policarpo que les escribiese una carta sobre el viaje de san Ignacio, á cuyo deseo accedió. Brilla en aquella carta la concision, la sencillez, y sobre todo la encantadora efusion propia de los escritos apostólicos, alabando á los filipenses por la acogida que prestaron á Ignacio y á sus compañeros, modelos de la verdadera caridad, y por las distinciones ofrecidas á hombres que, si iban cargados de cadenas, eran cadenas que honraban, porque constituian el adorno de los elegidos de Dios.

Su espíritu apostólico resalta de un modo particular en los consejos que da á los sacerdotes. «Que sean compasivos y misericordiosos en favor de todos, dice; deben atraer á los que andan extraviados, visitar á todos los enfermos, sin olvidar las viudas, los huérfanos y los pobres; abstenerse de todo acto de cólera, de toda parcialidad, de todo juicio injusto; sentirse alejados de todo sentimiento de avaricia; no prestar fe fácilmente á denuncias contra una tercera persona; no deben ser exageradamente severos en sus funciones, recordando siempre que todos estamos sujetos á pecado.»

Hablando de los que andan por la senda del mal, exhorta á los sacerdotes diciéndoles: «Sed tambien con ellos muy prudentes, y no trateis á los tales como á enemigos, sino como miembros enfermos, como miembros que sufren: atraed á los que se extravian, á fin de que todo el cuerpo se salve y logre su bienestar. Así lograreis vuestra propia edificacion.»

El final de sus exhortaciones está lleno de esta uncion cristiana que no puede menos de admirarse en todo su trabajo. «Rogad por las almas santas; rogad tambien por los reyes, por los príncipes, por todos los que gobiernan; rogad por vuestros perseguidores, por vuestros enemigos, por los adversarios de la santa cruz, á fin de que vuestro fruto se manifieste en todos.»

Agitóse en su tiempo la cuestion de la Pascua, sobre cuya celebracion existia diversidad de pareceres entre orientales y occidentales. Estos la celebraban el domingo siguiente al dia décimocuarto de la luna del equinoccio de primavera, ó plenilunio del mes de *Nisan*, mientras que los orientales la celebraban al mismo tiempo que los judíos; esto es, el mismo dia catorce, fuese ó no domingo.

El papa san Aniceto llamó á Roma á la persona mas caracterizada de la Iglesia oriental, que era san Policarpo.

Policarpo dió al Pontífice romano las mayores pruebas de respeto, al paso que Aniceto no escaseó manifestaciones de la mas profunda veneracion hácia el obispo de Esmirna, cuya presencia en Roma se señaló por la conversion de multitud de herejes.

El mismo Pontífice se sentia emocionado á la presencia de aquel santo rostro cubierto de canas y que revelaba en su fisonomía como en sus frases su gran celo y extraordinario saber.

Fácil fue venir á un acuerdo en los diferentes asuntos que se discutieron entre el venerable Pontífice y el santo Obispo. Mas al tratarse de la Pascua, Policarpo invocó de su parte el ejemplo de san Juan, cuyos gloriosos hechos estaban tan íntimamente grabados en el alma del virtuoso Pastor.

Aniceto creyó prudente respetar la opinion de Policarpo fundada en su adhesion á la persona de san Juan, cuyo augusto recuerdo invocaba con el mayor entusiasmo.

La discusion calmada no alteró en lo mas mínimo la armonía y mútuo afecto que los dos santos venian profesándose.

El Papa, en testimonio de consideracion, invitó cortesmente al obispo de Esmirna á que celebrase en su presencia en la iglesia de Roma los santos misterios.

Los dos santos se separaron no sin abrazarse con la mayor cordialidad, despidiéndose para no volverse á ver sino en el cielo, á donde debian subir por el mismo camino del martirio.

La multitud de herejías de su época le hacia volver á Policarpo la vista hácia la época apostólica, que él no podia recordar sino viniéndole las lágrimas á los ojos; y al oir las blasfemias de los herejes, se le oia decir: — «¡Señor! ¡qué tiempos me habeis reservado!»

Policarpo al saber que iban en busca de él, se dejó conducir á una casa de campo, no lejos de la ciudad de Esmirna.

Por el camino veíasele dirigir angustiado la mirada hácia la ciudad y detenerse continuamente contemplándola, como si sintiese no poder alcanzar desde luego la corona del martirio.

Al despertar de un misterioso sueño, dijo con la calma del santo á los que le rodeaban :
—Dentro de tres dias seré echado en la hoguera.

Á fuerza de golpes se arrancó de boca de un niño el secreto del lugar en donde se encontraba oculto el Santo.

Los agentes del procónsul se presentaron en la casa donde se hallaba escondido el día de Viernes Santo, en la hora en que el Obispo se disponia para ir á comer. Hallábase en la parte alta de la habitacion, donde le hubiera sido muy fácil evadirse. Á los que le instaban para ello, recordándole lo preciosa que era su vida á su rebaño, les contestó que iba á presentarse él mismo, y exclamó levantando los ojos al cielo :

—Señor, que vuestra voluntad sea cumplida. He huido, bien lo sabeis, porque Vos me lo mandásteis; voy á entregarme á mis enemigos porque Vos me lo mandais tambien.

Los agentes del procónsul no pudieron menos que sentirse conmovidos al revelárseles un espíritu tan jóven al través de un cuerpo tan oprimido por el peso de los años, al admirar un alma tan entera al través de un cuerpo que no era mas que ruinas.

Trató á aquellas gentes como á sus mejores amigos, ordenando que se les diese de comer. Ellos admirados, exclamaban :

—¡Era preciso tomarse tanto trabajo para prender á un pobre viejo!

Pidióles permiso para hacer sus oraciones antes de partir, y puesto de pié con los ojos levantados al cielo, pidió á Dios el valor suficiente para cumplir con su deber hasta el fin de su vida. Policarpo terminó su plegaria rogando por toda la cristiandad. Los mismos encargados de prenderle, cuando le oian, experimentaban un fuerte remordimiento al tener que conducir á la muerte á un hombre que ellos mismos reconocian habia de ser muy amigo de Dios.

Llega el momento de partir. El Santo es puesto sobre una acémila y conducido hácia Esmirna.

El irenarca Herodes (1) le salió al encuentro invitándole á subir en su carruaje. Ya en él, Herodes y su hijo Niceto trataron de persuadir al santo anciano, hablándole en forma respetuosa y diciéndole :

—¿Qué mal encuentras en decir : *Señor César*, en ofrecer un sacrificio y lo que de ahí se sigue, salvando de esta suerte tu vida?

Al principio Policarpo guardaba silencio; pero luego contestó :

—En este punto jamás cambiaré de modo de ver. Nada hay en este mundo que pueda hacerme consentir en ofrecer incienso á un hombre.

Persuadidos de que no era posible obligar á ceder al santo Obispo, irritáronse contra él, le echaron del carruaje, recibiendo una herida al caer.

Grande fue el alboroto que se levantó en Esmirna, al ver los paganos que el venerable discípulo de san Juan entraba en la ciudad montado en un asno.

Policarpo apenas se apercibió de los gritos, de las burlas de la muchedumbre, atento solo á una inspiracion celestial que le decia :

—«¡Policarpo, valor!» palabras que fueron oidas tambien por muchos de los cristianos que le rodeaban.

El venerable pastor es conducido ante el tablado del procónsul. Policarpo se apresura á confesarse discípulo de JESUCRISTO.

—Deja esta altivez, le dice Stacio Cuadrato. Piensa que eres ya muy viejo, y que á tu edad no se soportan tormentos ante cuya vista tiembla la mas vigorosa juventud. ¿De qué se trata? Solo de que jures por la fortuna del Emperador. Cuando este arrepentimiento lo recla-

(1) Se llamaba irenarca el magistrado superior de las ciudades de Asia.

man el César y los dioses, nada puede tener de vergonzoso. Dí, pues, en alta voz con todo este pueblo: ¡Quítense los impíos! ¡Desaparezcan los impíos!

Policarpo echa una mirada en rededor suyo, contempla por un momento aquellas masas que llenan los bancos del anfiteatro, y dirigiendo una mirada al cielo exclama:

—¡Quítense los impíos! ¡Desaparezcan los impíos!

—¡Acaba! le grita el procónsul. Jura por la fortuna del Emperador y maldice á CRISTO.

—¡Que maldiga á CRISTO, mi Señor, mi Maestro! Ochenta y seis años há que le sirvo, y no me ha hecho nunca el menor mal. Muy al contrario: Él me colma de bienes, ¿y quereis que yo le dirija injurias? Él es mi esperanza, mi gloria, mi felicidad, ¿y quereis que le ultraje?

—Pues entonces, jura por el genio de César.

—Veo que aparentas ignorar quién soy yo. Pues bien; óyelo: soy cristiano. Si deseas que te dé razon de mi fe, concédeme un dia de tiempo para explicártela y quedarás satisfecho.

—Es al pueblo, replica el procónsul, no á mí á quien debes dar satisfaccion.

—Yo no tengo inconveniente en darte cuenta á tí; se nos ha enseñado á honrar á los príncipes y á los poderes ordenados por Dios. En cuanto á este pueblo no debo justificarme ante él.

—Ya esto es demasiado, exclama el juez. ¿Ignoras acaso que tengo osos y leones para vengar los agravios que infieres á nuestras divinidades?

—Que vengan, responde tranquilamente el Obispo. La grandeza de mis sufrimientos será la de mi gloria.

—Si desprecias los leones, tengo las hogueras.

—Son hogueras de un fuego que arde un instante y se apaga despues. He aprendido á no temer otro fuego que aquel que jamás se apaga... Pero ¿á qué viene este diálogo? exclama con decision el santo Obispo. Haced de mí lo que vuestra crueldad os aconseje.

Y al hablar así, una calma, una alegría indescriptible circunda su rostro como de celestial auréola. Todo lo que en Policarpo es serenidad, es confusion en el procónsul.

El pueblo no se apercibia de este diálogo, cuya conclusion aguardaba con febril ansiedad. Á una orden del procónsul, el heraldo grita por tres veces:

—¡Policarpo se confiesa cristiano!

Ya se comprende el efecto que en judíos y gentiles habia de producir semejante declaracion. Retumba inmediatamente en las galerías del anfiteatro un inmenso grito de furor.

—¡Este es el jefe de los cristianos! gritan unos.

—¡Este es el enemigo de nuestros dioses, el profanador de nuestros templos! exclaman otros.

—¡Este es el que viene minando los cimientos de nuestra religion! gritan varios.

Un ¡muera! atronador resuena en toda la plaza dejándose oír hasta muy lejos.

—¡Á los leones! ¡á los leones! grita la plebe.

El asiarca advierte al pueblo que no era posible echar á Policarpo á los leones, porque habia terminado ya la hora de los juegos públicos.

—¡Al fuego! ¡al fuego! gritan entonces.

El pueblo, arremolinándose en las puertas del anfiteatro, corre hácia las casas, hácia los baños públicos, rompe las puertas de las oficinas para proveerse de maderas, de sarmientos; en una palabra, de todos los combustibles que encuentra á mano.

En medio de una algazara horrible levantan una hoguera en menos tiempo del que se necesita para decirlo.

Ya el fuego enrojece los satánicos rostros de aquel populacho.

Policarpo con la mayor tranquilidad, se quita el ceñidor, se despoja de su túnica, se inclina para desprenderse de sus sandalias y se encamina con paso firme hácia la hoguera.

Trataron de atarle al poste conforme se acostumbraba hacerlo. Policarpo dice á los verdugos que no hay necesidad de que se tomen este trabajo.

—El que me ha dado la voluntad de sufrir, dice, me dará tambien el valor.

Policarpo junta las manos, las levanta en actitud de plegaria y exclama:

—«Gran Dios, que habeis destruido el pecado y que destruireis un dia la muerte, yo os bendigo y os doy gracias por haberme juzgado dignado de sufrir por Vos, á mí que soy el último de vuestros siervos. ¡Qué gloria para mí el recibir de vuestra mano la corona del martirio! ¡Qué honor el poder acercar mi boca al cáliz en que se dignó beber JESUCRISTO vuestro Hijo! ¡Antes que acabe este dia verá terminado mi sacrificio!»

Policarpo sube alegre hácia la pira.

La calma de la víctima escita mas el furor popular.

Los remolinos de llamas forman en rededor del Santo una especie de arco de triunfo, y estendiéndose á derecha é izquierda parécense á la vela de un buque henchida por el viento. El fuego sin tocar el cuerpo del mártir, diríase que le está meciendo en sus pliegues de púrpura, y el color del Santo, como el del oro al salir del crisol, léjos de inspirar horror, aun recrea la vista á manera de una vision celestial, saliendo de la hoguera un olor precioso como de incienso. Llamóse al *confeitor* destinado á poner término sobre la arena á la vida de los moribundos para que le traspasase con una lanza; y el mártir cae exánime mientras se ve levantándose de aquellas oleadas de sangre á manera de una paloma que se pierde en la inmensidad de las nubes.

Los cristianos aguardaban con febril solicitud el momento en que podrian apoderarse del cuerpo del mártir. Pero furiosos los judíos, piden que el cuerpo de Policarpo sea reducido á cenizas, de suerte que los fieles pudieron recoger apenas algunos despojos que guardaron como piedras preciosas y depositaron en sitio conveniente.

Las iglesias cristianas esparcidas en todo el mundo quisieron leer la relacion de este hecho tan glorioso, y el ejemplo del santo pastor de Esmirna comunicó nuevo vigor á los fieles para defender sus creencias.

XXIII.

Protesta de Meliton de Sardes respecto á los atentados contra los cristianos.

Los hechos que acabamos de referir, si no autorizados, al menos tolerados por el imperio, daban ocasion á que se censurara la manera de proceder del Emperador que consentia tales atropellos cuando estaba en el deber de castigarlos.

Uno de los ilustres héroes de la Iglesia de Asia, un hombre que á la edificacion del santo unia los conocimientos del sábio, Meliton, obispo de Sardes, se creyó obligado á dirigirse en acento de queja al Emperador.

Se hacen de este Obispo los mas entusiastas elogios. Polícrates, de Éfeso, en su carta al papa Víctor, dice que Meliton es un hombre siempre lleno del Espíritu Santo (1). Tertuliano asegura que era tal el prestigio de su palabra, que se le tenia generalmente en concepto de profeta (2).

En lo que de él nos resta se ve efectivamente un estilo que participa á la vez del himno y de la profecía.

Meliton nos recuerda á los grandes hombres de la época apostólica por su celo, por su actividad, por los frutos de su pastoral ministerio.

Al lanzar una amarga queja por hechos de crueldad que deshonran al gobierno imperial,

(1) Euseb., *Hist. ecles.*, IV, 26.

(2) Hieron., *Catal.*, XXIV.

evita cautelosamente el hacer subir hasta la persona del Emperador la responsabilidad de un procedimiento tan despótico; y si bien hay motivos para acusar á Marco Aurelio de complicidad en tales crueldades, Meliton prefiere encerrarse dentro de una duda prudente, á fin de dejar al Emperador un recurso para observar una conducta menos arbitraria sin que se resienta su amor propio.

«Se están tomando en estos momentos, dice, contra una clase de hombres piadosos, medidas que no se habian tomado hasta aquí; se les persigue en Asia con nuevos edictos. Sicofantas sin pudor, hombres ávidos de apropiarse los bienes ajenos, se aprovechan de estos edictos para encarnizarse contra unos inocentes, á quienes se despoja en pleno día ó por medio de secretas intrigas... Si se obra conforme á vuestras órdenes, oh Príncipe, ya no tengo mas que decir. Un príncipe justo no sabria violar la equidad; en este caso aceptaremos sin murmurar la sentencia de muerte. Solo os dirigimos una peticion, y es que examineis por vos mismo á esos hombres que luchan con tanto valor para ver si merecen que se les condene á la muerte ó que se les salve la vida. Y si al contrario, este nuevo edicto no emana de vuestra autoridad, edicto que jamás se ha dado otro igual contra los mas bárbaros enemigos, os suplicamos que no tolereis que se nos entregue por mas tiempo á una arbitrariedad tan inícuca.» Le recuerda la tolerancia de otros emperadores para con los cristianos, y le dice: «Tambien vuestro padre, en época en que ya vos interveníais en la administracion pública, escribió á varias ciudades para que no se concitaran tumultos contra nosotros; dirigiéndose en particular á los lariseos, tesalonicenses, atenienses; en una palabra, á toda la Grecia. Por lo tanto, esperamos que vos, que nos juzgais aun con mas benignidad y mas conocimiento de causa que vuestro padre, atendereis á nuestras súplicas.»

Difícil hubiera sido unir mayor moderacion en las formas, mayor respeto al representante del poder, á un sentimiento mas profundo de justicia.

Desgraciadamente Marco Aurelio se habia fijado ya su linea de conducta. Ceder, siempre ceder á las exigencias populares; sacrificar la equidad á la populachería; hé aquí su política. «Pudo ser honrado á manera de Pilatos, dice un eminente escritor; no supo serlo á manera de Gamaliel.»

Llegó una ocasion en que en el reinado de Marco Aurelio ya no se respetó siquiera el manto del filósofo. El mismo Justino tuvo que figurar en el número de las víctimas.

XXIV.

Justino ante el prefecto.

Ya en su segunda *Apología* Justino anunciaba que tambien él seria de los perseguidos.

Su infatigable actividad, coronada siempre de éxito en la propagacion de la doctrina cristiana; el entusiasmo que manifestó constantemente en favor de la santa causa de la religion de CRISTO; la elocuencia, el vigor, el excelente criterio en vindicarla de los ataques de sus enemigos, á quienes incitaba á la discusion doquiera que les encontrase, le atrajo el odio de estos y en particular los de Crescente, que se habia declarado su enemigo personal.

Crescente era un filósofo cínico, que á su carácter de escritor anticristiano, unia degradantes defectos personales, de los que no era el menor su sórdida avaricia. Esto no impedia que se le considerara como una de las eminencias de su tiempo, y que en este concepto recibiera una pingüe pension del Emperador.

De las conferencias públicas que sostuvo con Justino, Crescente no sacó otro resultado que su propia humillacion y la de la escuela que representaba. Juró vengarse.

A este efecto, presentó contra el apologista una denuncia, en virtud de la cual fue ar-

restado y conducido despues al tribunal que presidia el prefecto Rústico, que era tenido como filósofo, reuniendo además la calidad de preceptor y amigo de Marco Aurelio.

Este magistrado le dice :

—Sé que no obedeces ni á los dioses ni al Emperador.

Justino le contesta :

—Obedezco á JESUCRISTO, y no creo que pueda condenárseme por ello.

—¿Qué profesion tienes? le pregunta Rústico.

—Despues de examinar toda clase de sistemas, por fin, me he fijado en la doctrina cristiana, aunque sabia que no era del gusto de los que la tienen por un error.

—¿Esta es la doctrina que prefieres, desgraciado?

—Es la mas recta y la mas pura.

—¿Y qué doctrina es esta?

—Creer que no hay mas que un Dios, criador de todas las cosas visibles é invisibles; no reconocer mas Señor que á JESUCRISTO, Hijo único de Dios, anunciado por los profetas, mensajero de la salvacion y revelador de la verdad. Yo, que no soy mas que un mortal, no puedo hablar dignamente de su divinidad; son los profetas los que han penetrado en este abismo de grandeza.

—¿Dónde os reunís los cristianos?

—En todas partes. Nuestro Dios no está circunscrito á un lugar; es inmenso, llena el cielo y la tierra; donde se halle el creyente allí puede rendirle homenaje.

—Lo que quiero saber es el lugar en donde tus discípulos vienen á oírte.

Justino no lo oculta, sino que responde con la mayor sinceridad :

—Frente al Baño Timotino. Al que viene á verme no le oculto mi doctrina, sino que le comunico cuanto sé.

Dirigiéndose entonces Rústico á los demás que iban en compañía de Justino, pregunta á uno que se llamaba Cariton :

—¿Tú tambien eres cristiano?

Y este y una mujer llamada Caritaina contestan :

—Sí, lo somos por la misericordia de Dios.

Luego dirigiéndose á otro que tenia por nombre Evalpesto :

—Y tú ¿qué condicion tienes?

—Soy esclavo del Emperador; pero tambien soy cristiano, y por consiguiente, liberto de JESUCRISTO. Profeso y vivo en la misma esperanza que estos que veis.

Dirigese á Hierax, otro de los acusados, y tambien le interroga acerca su religion :

—Lo mismo que ellos, responde resueltamente, soy cristiano y adoro al mismo Dios.

—Pero ¿es Justino quien te ha hecho cristiano?

—Lo soy de mucho tiempo y lo seré siempre, responde sin vacilar.

—¿Dónde están tus padres? pregunta el prefecto á Hierax.

—Nuestro padre es JESUCRISTO y nuestra madre es la fe. En cuanto á mis padres terrenos han muerto ya.

—¿Y tú tambien eres de los impíos? pregunta á otro que se llamaba Liberiano.

—Soy cristiano, le responde con resolucion, y adoro al verdadero Dios.

Dirigese de nuevo Rústico á Justino, diciéndole :

—Tú, que eres orador, que te precias de elocuente, que crees haber encontrado la verdadera ciencia, dime: cuando yo te haya desgarrado á azotes de piés á cabeza ¿entrarás en el cielo en tal estado?

Era una pregunta que estaba en su lugar en boca de un cínico.

A la pregunta del cínico, Justino respondió con la gravedad del cristiano.

—Si sufro por JESUCRISTO, recibiré la recompensa que han recibido ya los que han guardado sus preceptos.

—Dejémonos de palabras, dice por fin Rústico, y vamos á lo que importa. Preparaos para sacrificar á los dioses.

Justino toma la palabra en nombre de todos, diciendo:

—Ningun hombre sensato abandonará la piedad verdadera por seguir la impiedad y el error.

—Pues, si no obedecéis, estad seguros de que se os tratará sin misericordia.

—Lo que deseamos es sufrir por JESUCRISTO, responde Justino con entereza, y llegar á su vision por el camino del sufrimiento. En el tribunal donde han de comparecer todos los hombres nos aguarda para darnos su recompensa.

Y todos dicen á una:

—Haced lo que mejor os parezca. Somos cristianos y nunca sacrificaremos á vuestros ídolos.

El prefecto entonces, revestido de su autoridad, pronuncia la sentencia:

«Ordeno que los que no han querido sacrificar á los dioses ni obedecer las órdenes del Emperador, sean azotados y conducidos despues al lugar del suplicio para ser degollados, como mandan las leyes.»

Los mártires fueron conducidos al suplicio, y despues de rodar sus cabezas á los hachazos de los verdugos, los fieles recogieron sus restos sepultándolos con las honras correspondientes.

El martirio tuvo lugar por los años 167 ó 168.

Por la misma época fue martirizado Daniel, hebreo de nacion, diácono del primer obispo de Padua.

En Cerdeña fue degollado, siendo aun muy jóven, el mártir san Potito.

Eusebio hace mencion de Sagaris, discípulo de san Pablo, obispo de Laodicea, en la Frigia, el cual tomó tambien una parte muy activa en las famosas discusiones sobre la celebracion de la Pascua (1). Sufrió el martirio en la época del cónsul Servilio Pudente.

Tambien fue martirizado el papa san Aniceto en 168, cuyo cuerpo, despues de descansar durante mil cuatrocientos veintinueve años en el cementerio llamado de Calixto, se venera hoy en la capilla del palacio Altempo, en Roma, donde se le trasladó en 28 de octubre de 1604.

XXV.

La legion Fulminante.

La suprema prueba que tuvo que sostener Marco Aurelio fue la obstinada lucha que contra Roma se declaró de parte de los bárbaros á la otra parte del Danubio.

Hemos dado ya á conocer las ideas de Marco Aurelio sobre la guerra. ¿Habia de gustarle el luchar contra los sármatas?

Leamos lo que él mismo escribe:

«Dicen que la araña se enorgullece de cazar una mosca; y entre los hombres hay unos que se envanecen de cazar liebres, otros de cazar pájaros, otros de cazar osos ó jabalíes, y otros... de cazar sármatas. Si examinas bien cuáles son los móviles y los principios de esta última caza, ¿no vas á creer que la mayor parte de los hombres no son otra cosa que unos bandoleros?»

Para Marco Aurelio la guerra era un bandolerismo en grande escala.

Enemigo de la guerra como filósofo, como moralista, la aceptó como emperador.

Hombre de paz, aficionado á sus estudios, tomó, no gustoso, sino resignado, el papel de guerrero.

Es verdad que transforma á menudo la tienda del soldado en el bufete del escritor; que es

(1) Euseb., *Hist. ecles.*, l. IV, 26, l. V, 24.

durante la campaña cuando redacta una gran parte de sus *Pensamientos*, que se manifiesta mas aficionado á reunir consejos de filósofos que de generales; pero cuando tiene que cumplir con su deber lo cumple.

Vésele con el color amarillento del hombre de estudio, demacrado el cuerpo, perseguir incansable á los bárbaros, penetrar en sus escondrijos, atravesar sus helados rios, perderse en la inmensidad de sus bosques, soportando la fatiga lo mismo que el último de sus soldados.

Después de múltiples catástrofes le falta dinero para hacer frente á los gastos de la guerra. Acudir á nuevos impuestos era arrostrar una impopularidad que podia serle funesta. Marco Aurelio manda al Foro de Trajano, para que se venda públicamente, el riquísimo mobiliario que recordaba la esplendidez de tantos césares. Una preciosa coleccion de pedrería reunida por Trajano, el servicio de la mesa imperial, las joyas de su esposa Faustina, todo es conducido al mercado público.

¿Le faltan hombres para su ejército? Marco Aurelio arma esclavos, recluta gladiadores, acude á los bandidos de los caminos públicos mezclándolos con los soldados que poco antes les perseguían, paga á germanos para combatir á los germanos.

Á los que cree hombres de mérito los llama á su lado, encuéntrense donde se quiera. Un paisano rudo, que ni siquiera sabe darse á entender cuando habla, y que se ha hecho soldado para evitar la pena de cierto delito, Rufo Baseo, es su prefecto de pretorio. El que forma su brazo derecho es el hijo de un esclavo, P. Helvio Pertinax, á quien mas adelante eleva á cónsul para que Roma le haga un dia emperador.

La lucha principió por los marcomanos que, saliendo de la Bohemia, teniendo al frente á su rey, atacaron la Dacia. Fue esto como una consigna para que se pusieran en movimiento gran parte de pueblos bárbaros. Mas tarde, los sármatas, los cuados; los vándalos y otros, formaron su ejército del que los marcomanos no venian á constituir nada mas que la vanguardia. Tras de algunas derrotas, rehiciéronse los germanos, volviendo á aparecer amenazadores, bajo las murallas de Aquileá. Después de diversas luchas de éxito vario, el Emperador persiguió á los cuados hasta su mismo territorio, en la Moravia y region Nor-Oeste de la Hungría. Era un ardid de guerra de los cuados el atraer á las legiones romanas á un país que desconocian. Marco Aurelio se dejó envolver. Posesionáronse los cuados de todas las avenidas; siendo superiores en número, les fue fácil ocupar todos los desfiladeros, y pusieron un empeño especial en apoderarse de los manantiales de donde el ejército de Roma pudiese proveerse de agua, á fin de rendir por el hambre y la sed á unas tropas á las que no hubieran vencido con la táctica.

Era en lo mas riguroso del estío. Cinco dias hacia que aquellos guerreros no probaban el agua. Bajo los ardores de aquel sol abrasador las armas se les caian de las manos. El calor, las enfermedades, les ponian á merced de un enemigo que ni siquiera sabian donde estaba.

Extenuadas las legiones, en la imposibilidad ya de defenderse, los bárbaros arremeten contra ellos.

Encuentran en primera fila á la legion XII, llamada *Fulminante* desde la época de Augusto, reclutada principalmente en el distrito cristiano de Melitena en Capadocia, junto á las márgenes del Eufrates.

La legion Fulminante está esperando al enemigo de rodillas y en actitud de rogar de la manera como lo hacian los cristianos.

Al ir á echarse los bárbaros sobre las legiones, diezmadas ya de antemano por la sed y el calor, empieza á caer copiosísima lluvia. Un grito de alegría resuena entre las filas de los romanos. Recogen el agua con sus cascos, con sus escudos, y al echarse sobre ellos los enemigos, teniendo que atender á la doble tarea de apagar su sed y de defenderse, mezclan el agua con sangre. Las esposas y las hijas de los bárbaros toman parte en la feroz contienda. Las legiones de Roma harto debilitadas no alcanzan á resistir el empuje. El trueno retumba en las nubes, y el rayo empieza á causar terribles destrozos entre los germanos.

«La lluvia que inundaba el campo de los bárbaros parecía caer inflamada: caballos, hombres, todo estaba quemando: muchos en su desesperacion se pasan con sus espadas para apagar el fuego con su sangre, mientras que otros se refugian en el campo romano y se entregan al hierro del enemigo.»

Así nos describe el hecho un escritor pagano (1).

El peligro fue tan grande que los escritores contemporáneos lo comparan á la guerra de Roma contra Aníbal.

El ejército se dió por tan contento del resultado que proclamó á Marco Aurelio *emperador* por séptima vez.

Todos convinieron en dar á aquella victoria un carácter sobrenatural. Los dados á supersticiones la atribuian á la magia (2); otros ven en este hecho un obsequio tributado por los dioses á las virtudes del Emperador; y un bajo-relieve de la columna Antonia, levantada durante el reinado de Cómodo á la memoria de su padre, representa á Júpiter Pluvio deramando sobre los romanos una benéfica lluvia y haciendo caer un rayo contra los bárbaros. Parece que el mismo Emperador hubo de reconocer la influencia de las oraciones de los cristianos, y que se propuso seguir para con ellos una conducta menos hostil, prohibiendo severamente toda clase de delaciones.

XXVI.

Persecucion doctrinal en la época de Marco Aurelio. — Defecciones de parte de algunos miembros de la Iglesia.

Al prodigio que acabamos de relatar siguió un período de tregua. Durante este período no se derramó sangre cristiana; pero la Iglesia tuvo que sufrir otra persecucion no menos temible: la de las herejías y las calumnias.

Ya no son las herejías judaizantes las que hacen la guerra al Cristianismo. El árbol del judaismo se halla ya esterilizado: en la segunda mitad del siglo II no aparecen ya herejías judaicas nuevas; las viejas mueren en el desden.

Lo que revela una especial vivacidad es el gnosticismo. Los cristianos que guardan contra la Iglesia algun secreto rencor, que han visto fallidas aspiraciones de vanidad ó de orgullo; los que se niegan á reconocer el yugo de una enseñanza definida se refugian en el gnosticismo, que se reduce á ser una secta de apóstatas, que sin tener el lazo comun de una doctrina se hallan unidos para combatir á la religion cristiana, acudiendo á utopias, á sistemas ingeniosos que no tienen de cristianos nada mas que una vaga forma.

Merece en este sentido llamar nuestra atencion Bardesano de Mesopotamia.

Alma ardiente, corazon entusiasta, abrazó al Cristianismo con gran calor.

Habia recibido excelente educacion. No solo hablabae legantemente el siriaco, sino que además conocia muy bien el griego, habiendo sido iniciado en la alta ciencia de los caldeos sus compatricios; esto es, las matemáticas y la astrología.

Residió en Edesa, ciudad situada á orillas del Eufrates; pero siendo en Babilonia donde adquirió sus conocimientos, se le conocia generalmente por el Babilonio.

Mientras se manifestó adicto á la Iglesia, los herejes no conocieron impugnador que les atacara con mas valentía y con mayor éxito, dada su profundidad, su erudicion y la elocuencia de su frase.

Al celo del apóstol unió entonces la entereza del mártir.

Hasta tal punto brilló la reputacion de Bardesano, que los idólatras consideraron como

(1) Dion Cassius, apud Xiphil., LXXI, 10.

(2) Dion, XXXI, 8.

una gran conquista el poder contarle en el número de los suyos. A este fin destinaron á Apolonio, favorito de Marco Aurelio, para que, ya con promesas, ya despues hasta con amenazas de muerte, le indujera á abandonar el Cristianismo.

A estas últimas, Bardesano contestó:

—No temo una muerte que despues de todo, aun cuando accediese á los deseos del Emperador, tampoco podria evitarla.

Semejante firmeza le habia elevado á la altura de los confesores de la fe.

Su elevacion hizo mas ruidosa su caída.

Éra de estas vastas imaginaciones que sueñan; y en sus sueños llegó á creer demasiado estrechos los horizontes del Catolicismo para poder moverse con libertad.

Se hizo valentiniano; pero muy pronto se cansó de ser discípulo de Valentin el que se habia cansado de serlo de la Iglesia de CRISTO.

Bardesano necesitaba tener una herejía para su uso particular; no habia de resignarse á ser sectario el que se creyó de bastante talla para ser heresiarca.

Bardesano admite dos séres originarios; el Padre desconocido y la materia. Satanás procede de la materia, que es el principio Mal, opuesto al principio Bien, que es Dios.

Segun Bardesano Dios creó al hombre; pero el hombre creado por Dios no es el hombre revestido de carne, sino el alma humana unida á un cuerpo sutil y adaptado á la naturaleza espiritual. Este era el sér creado á imágen y semejanza de Dios. Sorprendido el hombre por un artificio de Satanás, desobedeció la ley de Dios, y en su consecuencia, fue arrojado del paraíso y encerrado en un cuerpo carnal, como en una cárcel.

Bardesano deducia de ahí que Jesús no habia tomado un cuerpo carnal como el nuestro, y que si bien nació de la Virgen María, fue envuelto en un cuerpo etéreo y celestial. De aquí toma pié para explicar que la reparacion cristiana consiste en dominar la carne grosera y sensual, en librarse de las ligaduras de la materia por medio de la abstinencia y el ayuno, realzar el espíritu con la meditacion, y prepararse así á volver á tomar despues de la muerte el cuerpo etéreo, en el cual fue puesto el hombre en un principio.

Negaba, pues, dos verdades fundamentales: la encarnacion del Verbo divino y la resurreccion de la carne, aunque admitia la omnipotencia de Dios y la Providencia, la inmortalidad del alma y su libertad, sometiendo al cuerpo á la ley de un destino fatal.

Sus numerosos partidarios los conquistó por medio del encanto de sus himnos, en los que brillaba su espléndida imaginacion oriental, á los que Efren creyó deber oponer mas tarde los himnos católicos.

Entre estos espíritus arrabatados, entre estos caracteres fogosos que han comenzado por el orgullo para terminar por la rebeldía, debe contarse tambien á Taciano.

Mientras que san Justino estaba dando en Roma aquellas admirables conferencias que le atraian en torno suyo un auditorio tan numeroso como adicto, ve llegar un jóven dispuesto á ponerse bajo su direccion.

No era un cristiano. El Cristianismo no entraba para nada ni en sus hábitos, ni en su educacion, ni en sus tradiciones de familia.

Nacido en Asiria por los años de 140, encontró su patria lugar demasiado estrecho para iniciarse en los adelantos de la época. Como jóven amante del saber se habia apasionado locamente por la Grecia antes de conocerla; para él en Grecia, artes, ciencias, filosofía, religion, todo habia de ser excelente. Figuróse que no era posible encontrar en el mundo academias como las de Grecia, ni maestros como Platon y Aristóteles.

Con este fanatismo hácia todo lo griego, frecuentó una por una las escuelas mas renombradas de aquel país. Taciano fue en poco tiempo un retórico de primera fila.

Pero la retórica pudo satisfacerle en el primer período de su juventud. Formado ya su espíritu, sentia necesidad de estudios mas sérios. ¿Qué es la Filosofía? ¿Qué es la Religion? Llegó una hora en que Taciano se hizo estas preguntas y trató de contestárselas.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES, Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ. POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los días del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 82 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.